

LUIS CANDELAS. EL BANDIDO DE MADRID, por *Antonio Espina*.

No han sido afortunados los españoles en el género histórico y en el cultivo de las biografías. Nación riquísima en fundamentales sucesos y en vidas fecundas y pintorescas, no ha querido el destino ser pródigo con ella en evocadores del pasado. Muchas de las obras más sabrosas de contenido emocional fueron escritas en lo tocante a España por plumas extranjeras. Así podemos citar los libros de Prescott y de Martín Hume sobre historia general de esa nación y de algunos monarcas destacados. Recordamos también la biografía de Forster sobre Don Jaime el Conquistador, la de Raimundo Lullio (Ramón Lull) de E. Allison Peers, famoso ya por sus estudios sobre la mística española. Fuera de esto, en lo literario podría extenderse nuestro recuento hasta lo infinito. Baste citar libros como el de Bell sobre Fray Luis de León, de Cuninghame Graham sobre Santa Teresa y de Waldo Frank (*España Virgen*), especie de interpretación psicológica de hombres y paisajes ibéricos.

La biografía es un género difícil y que significa una depuración sutilísima de vastas lecturas, hondas meditaciones y reposado acotar de textos, citas y perspectivas. Es la flor de la historia sin sus defectos, pero con un fino sentido de la proporción y de la calidad.

Lytton Strachey, maestro indiscutido del género en nuestro tiempo, ha sabido extraer en dos libros la quintaesencia de la época victoriana. Su

tacto histórico es tan exquisito como su ojo peritísimo en descubrir pequeños contrastes para abocetar las diferencias y señalar, con leves muecas, su descontento genial (1). La sonrisa, flor suprema de la inteligencia, puede extenderse y resulta la caricatura. Es fácil que un toque haga deformar la visión y se contraigan los rostros, desnutriéndolos de su sentido humano. Algo de eso se ha reprochado a Ludwig, a quien Benedetto Croce critica con rudeza y llama «Guido da Verona de la biografía».

El carácter español es habitualmente pobre en ironía. Su sal es gruesa y su mordacidad, cáustica e hiriente. De ahí que en cada español hay en potencia un hombre presto a punzar, a zaherir, a romper lanzas.

La biografía, género dilecto de los ingleses, pueblo individualista y poco personalizador, se convertiría en un fracaso en manos de los nuevos escritores hispanos. El Marqués de Villa Urrutia rompe el fuego con su biografía del General Serrano, que marca el comienzo de las *Vidas Españolas del Siglo XIX*. Libro pesado, erudito, poco movido, revela a un hombre docto, pero en él no despunta, por parte alguna, el artista, el animador de la documentación inerte. Después vino una precipitada biografía de la Madre Patrocinio, o sea *La Monja de las Llagas*, hecha por Benjamín Jarnés. Esa monja, que se sale con relieves de crudeza y dramatismo en el retablo de la jacaran-

(1) Véase el artículo anterior, dedicado a un libro de Lytton Strachey. (N. de la R.)

## Los libros

dosa España del período isabelino, cobra más vida en las páginas coloreadas y saltonas de Valle Inclán que en el desafortunado intento restaurador de Jarnés. Faltaba relieve, atmósfera histórica en esas escuetas líneas, que revelan precipitación e improvisación muy sensibles en pluma tan socorrida de figura e imágenes. En general se notaba el propósito de hacer por fuerza estas vidas para que España no se quedara atrás en la carrera desatentada por producir libros sobre grandes existencias.

Ahora sucede con Antonio Espina una revelación inesperada. Conocíamos su prosa rica y densa, recargada barrocamemente a veces, pero siempre digna de respeto artístico. Conocíamos además al hombre, espíritu selecto y alerta, que se renovaba en disciplinas y estudios zahoríos sobre el movimiento intelectual europeo. Su *Luis Candelas* (1) contiene ya en potencia la cualidad fundamental de un buen biógrafo: el interés, la amenidad, el color local. Rompe el libro con una animada visión de los barrios bajos de Madrid con su cortejo pintarrajeado de hampones y daifas, de malandrines y aventureros que se dan pedreas solemnes y se revuelven en antros de miserias y de gallofería.

Es curiosa y vibrante la pintura del bautismo de sangre de Luis Candelas. Se para recio y corajudo en esa página colmada de contenido y nerviosa de humanidad. Ahí está el Madrid castizo con todas sus lacras y sus espléndidos gestos de chulería y matonismo. El ambiente se evoca

con pinceladas finas y apretadas, donde el colorido asume su tinte amenizante propio y no se ve la falsificación, la mano de obra. Recordamos al Valle Inclán del *Ruedo Ibérico* y a Galdós, eximio e insuperado maestro en la fotografía espiritual de los núcleos populares.

Candelas es un tipo muy español, que envuelve en los pliegues de su capa gallarda mucho de lo indefinible y de lo indescifrable de la España Virgen. Nunca llega al asesinato y roba con cierta cortesía, usando, a veces, un lenguaje correcto y solemne que recuerda el de las comedias de capa y espada. Candelas despoja al robo de su vulgarismo; le imprime intrepidez, y corona su carrera con actuaciones maestras, que pudo, más tarde, envidiar un Arsenio Lupin o un Raffles.

En los comienzos del siglo XIX el robo se hacía con violencia, sin finura. Un asalto en un camino, a espaldas de la Santa Hermandad, es poco para Luis Candelas. Transforma su persona y le infunde una doble vida. Por una parte es un pisa-verde, un atildado hombre de mundo, que corteja y galantea y, por la otra, un terror de diligencias y de corchetes. Su vida se desenvuelve con largueza, rodeándose de una especie de corte de los milagros, que lo sigue fascinada por su prestigio.

Son maestros algunos capítulos como el que describe el robo de un aldeano en la diligencia, la pintura de una fiesta y el final, cuando Candelas es definitivamente vencido por la autoridad.

Espina abunda en digresiones finas y sutiles. A veces se excede y despun-

(1) Espasa Calpe. Madrid, 1929.

ta su barroquismo mental, vicio y cualidad de los españoles. El barroquismo resulta una manera de sentir y de ver como otra cualquiera. Lytton Strachey no perdonaría a Espina el recargo, el relleno. Su pincel inimitable da un trazo agudo y transforma los rostros con pequeñas incisiones para hacer sentir la diferencia. Bastan dos o tres notas como la escena que revela la angustia de Gran Bretaña en su ensayo sobre *La muerte del General Gordon*, contenida en *Eminent Victorians*, para indicar la atmósfera emocional de un instante histórico. Espina—como buen español—siente el supremo deleite de hacer frases, de caracolear ingeniosamente en puntilleos y florituras abundantes. Ejemplo de esto son las líneas siguientes sobre la importancia del apéndice nasal en la vida de latrocinios de Luis Candelas y Cajigal:

Ella es el gancho con que atrapamos las cosas. El sustentáculo de las gafas de vidrio y de los espejuelos de la fantasía. El arpón con que pescamos las grandes ideas que flotan en la atmósfera. El cáliz en que bebemos los vientos de las más fluidas ilusiones. La ilusión del amor, la de la gloria, la del dinero. En efecto, ¿qué es la gloria sino un enfilamiento general de narices hacia el individuo que triunfa encima de cualquier escenario? Cuando un cortesano dobla su columna vertebral hasta anclar con su nariz en el suelo, es que pasa ante él un soberbio glorioso con una corona en la frente o una faltriquera llena de oro; entonces los imanes plutónicos inclinan al cortesano hacia la tierra, atrayendo la punta de su nariz...

Y así continúa diciendo cosas peregrinas sobre narigudos y chatos. Anto-

nio Espina devuelve un poco el perdido prestigio a las biografías españolas. El defecto radical de los peninsulares es la pasión, la precipitación, el don de improvisar. Sus cualidades magníficas: el repentismo, el brillo, el color, lo pintoresco, se deterioran por esa cosa incurable en algunos talentos.

Biografía corresponde a una democratización del arte, que hace accesible al gran público lo que antes era un género compuesto por hedonistas para un público de claustro, reducido y selecto.

Maurois ha democratizado las biografías. Su maestro, Lytton Strachey, sigue siendo aristocrático. Labora poco y pule mucho. No pasan de cuatro sus obras fundamentales, producto de alquitara más que de composición. No puede ni debe ser un escritor democrático. Ni falta que hace.

Espina, en cambio, va hacia el gran público y usa un poco de los efectos. Curado de cierto barroquismo, ampliado el círculo de sus lecturas sobre épocas y ambientes pretéritos, dosificado el estilo, algo ampuloso todavía, tendremos a un escritor espléndido.

Luis Candelas cobra aquí una vida artística que otros personajes le envidiarán. Muy superior es su relieve al de los dos antecesores en esta hazañosa aventura de las vidas noveladas de españoles del siglo XIX. Ojalá que las próximas revelen menos todavía la premura, imperdonable en ocasiones, del que ha recibido un encargo y exhibe burdamente lo precipitado del trabajo y lo inexperto del instrumento. El artífice de

Los libros

la biografía debe ser novelista e historiador a la vez. Peligrosa combinación que, en múltiples manos, fracasa y se hace polvo.—*Ricardo A. Lat-cham.*

EL CARDENAL CISNEROS, por *Juan Domínguez Berrueta.*

Los factores determinantes del caciquismo son, a juicio nuestro, los que merecen más detenido estudio de entre todas las características de la vida política en España. Es aquel un fenómeno cuyas diversas formas hacen interesante y que ha de estudiarse prolijamente si se quiere alcanzar la medida del ambiente y establecer las limitaciones que sufre la posibilidad de un buen gobierno. Proverbial es la afición a la política que tienen los españoles, y los libros que reproducen ambientes populares nos muestran la ligereza con que el aldeano y el obrero aprecian la obra gubernativa por tal o cual circunstancia aislada que, en muchos casos, no tiene relación ninguna con aquélla. Esto es, sin duda alguna, atribuible a ignorancia y apasionamiento. Pero se observa, en clases más elevadas, una forma análoga de juicio; y en los estudios de investigadores y eruditos es fácil constatar que las opiniones de éstos, en materia política, se fundamentan única y exclusivamente en adhesiones de carácter personal que obligan a rechazar o aprobar las manifestaciones políticas según lastimen o ensalcen a determinado personaje.

Un rey puede ser caballeresco o

felón, incapaz o inteligente, según su modo de conducirse con los cortesanos, los generales y los obispos, a juicio de algunos estudiosos. De la misma manera, la admiración por el talento y la sagacidad de un personaje político justifica en absoluto sus acciones, según lo podemos comprobar en el libro de Juan Domínguez Berrueta. Falta un criterio de eclecticismo necesario en la obra de muchos biógrafos e historiadores españoles.

En *El Cardenal Cisneros* esa falta de criterio ecléctico para apreciar hombres y acontecimientos llega a ser tan trascendental que perjudica y en cierto modo anula el mérito de la investigación. El autor se ha documentado copiosamente acerca de las particularidades del nacimiento, sociedad y acciones del personaje; pero se deja llevar en forma tan apasionada de su admiración por él, que justifica su política, la preconiza, pasando por alto las dificultades que ella ofrece y los errores a que induce. Así pierde valor histórico la obra; pues no es posible amenguar la importancia de algunos acontecimientos que pudieran hacer sombra sobre la personalidad política de Cisneros con el solo propósito de subrayar el panegírico.

Nadie negará al Cardenal español sus cualidades de estadista, su tenacidad y su inteligencia. Pero ellas no le absuelven de grandes culpas, acerca de las cuales Domínguez Berrueta hace un silencio piadoso o, en el mejor de los casos, ofrece una mezquina referencia, como en lo tocante a la Inquisición, la intromisión del clero en la administración de bienes na-